

# A PROPIACIÓN PÚBLICA DE LA CIENCIA Y LA TECNOLOGÍA

Que la comunicación de la ciencia sea una actividad de enorme desarrollo en el mundo moderno es un hecho que nadie niega. Que el papel que desempeñan la ciencia y la tecnología sea cada vez más poderoso y determinante en las sociedades de hoy, tampoco nadie lo niega. Sin embargo, que los diferentes públicos de la sociedad colombiana sigan todavía sin reconocer a la ciencia y la tecnología como un valor que permea cada una de las instancias políticas, económicas y sociales del país, es un hecho que pocos enfrentan.

Quizás algo tenga que ver que la información manejada por los medios masivos de comunicación, que tiende a celebrar exclusivamente los grandes logros de proyectos espaciales, el lanzamiento de nuevos productos de la industria de punta y de las compañías farmacéuticas multinacionales, haya propiciado una imagen de la ciencia y la tecnología propia de otras culturas y ajena a nuestra realidad nacional.

Pero, ¿hasta qué punto se le ha enseñado a la sociedad que esto puede ser de otra manera?, ¿por qué esos imaginarios de la sociedad colombiana, tan alejados de su realidad científica y tecnológica no han sido tomados en cuenta por los sectores interesados? En Colombia, en 1994, la Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo recomendó la llamada Apropiación Social de la Ciencia y la Tecnología como un proceso que incluye, por un lado, la difusión del conocimiento científico entre el público y, por otro, el aprovechamiento pleno de los beneficios de la ciencia y la tecnología por parte de la sociedad.

A ocho años de haberse recomendado el proceso de Apropiación social, esta edición de *Colombia: Ciencia & Tecnología* ha querido medirle el aceite a las estrategias que lo han nutrido hasta el momento. Por eso presentamos propuestas, análisis y estudios de caso. Para comenzar, el documento de Colciencias sustenta que el primer paso para la construcción de una política de ciencia y tecnología es la radical eliminación de la disyuntiva entre ciencia, tecnología y sociedad. Reconoce que para que una política de comunicación de la ciencia tenga impacto real sobre el desarrollo social del país debe fomentar la creación de vínculos entre la comunidad científica y la sociedad y evidenciar la importancia de una producción de ciencia adecuada y pertinente para el país.

Frente a la necesidad de estudios que aborden el tema de las teorías de la divulgación científica, Manuel Calvo Hernando presenta algo así como un anticipo de lo que podría ser un estudio definitivo. Para ello pone sobre el tapete los problemas que se deben debatir y cuestionar como base para la puesta en marcha de salidas creativas. De lo que se trata, según el autor, es de romper un círculo vicioso que ya data de muchos decenios: no se escribe más sobre ciencia porque no hay conciencia científica en la sociedad y la sociedad sigue viviendo ajena a estas cuestiones porque los medios informativos no crean el ambiente público para esta toma de conciencia.

Las periodistas Lisbeth Fog y Mara Brugés presentan un estudio de caso en donde muestran que cuando el periodista se deja influenciar por su fuente lo aleja de la precisión informativa y en consecuencia el lector recibe un mensaje poco objetivo, irreal, parcializado, casi pasional.

Continúa un artículo sobre la versión criolla de un proyecto francés y que ya cuenta con resultados en la educación francesa. Este proyecto para niños y niñas se propone reconsiderar la enseñanza de las ciencias practicada en la forma de experimentación científica, bajo la dirección de la Universidad de los Andes. Como complemento a esta experiencia, el artículo del filósofo Francisco Cajiao, muestra el recorrido que se ha hecho en los últimos años, con Programas para niños y niñas colombianos y que apuntan a incidir en la pedagogía general de la escuela desde los primeros años de la educación básica, allí, desde donde deben empezar a sembrarse los auténticos propósitos para una verdadera Apropiación Social del Conocimiento Científico. ■

EDITORIAL

